

# EL ASESINATO D

**L**A sangre del primer ministro de la Unión Sudafricana, Hendrick Verwoerd, se ha unido al ya largo y profundo río de sangre cuyo manantial él mismo hizo brotar. El grito del magnicidio clásico, «Así mueren los tiranos», podía muy justamente haber sido lanzado por su asesino, el extraño griego —o de origen griego— Dimitrios Tsafendas, de quien comienza a trazarse un perfil humano vago, incoherente, mítico. Se le describe como un intelectual, un lingüista —ocho idiomas—, lector y relector de la Biblia. De Lourenço Marques —África portuguesa— nace ya una insinuación política: quizá este Tsafendas, o Tsafendakis, fuera el mismo que fue ya expulsado de Mozambique a raíz de la segunda guerra mundial «como consecuencia de sus simpatías comunistas». Aquel Tsafendas era hijo natural de un cretense y de una mestiza de la Isla Mauricio. Estas vaguedades vienen a dar, o a intentar dar, cierta verosimilitud al rostro del asesino. El lejano mestizaje podría haber limitado a este intelectual a ser lo poco que era, un ujier del Parlamento —su último trabajo, antes del crimen, fue llevar un plato de cus-cus a un periodista hambriento—; su nacimiento ilegítimo podría ser una fuente de resentimiento... Y las «simpatías comunistas»... El ministro de Justicia de la Unión, Voster, se ha apresurado a declarar que el crimen es «obra de un hombre solo». «Las gentes no deben conceder un interés exagerado a los rumores». Es decir, se ha desencadenado el mismo mecanismo oficial que se produjo a la muerte de Kennedy: se trata de evitar que haya consecuencias, que se extienda el pánico al creer que se trate del prólogo o del primer acto de un complot; o que haya una ola de matanzas de represalia contra el supuesto grupo del que hubiera podido salir el asesino (ya los periódicos de Grecia se alarmaron al pensar que todos los griegos de Sudafrica podrían ser víctimas de estas represalias). Como el asesino ha sido un blanco, hay escasas posibilidades de represalias. «Doy gracias al cielo de que no haya sido un negro», ha dicho el pastor Martín Lutero King. Los negros de la Unión Sudafricana, en efecto, pueden dar también gracias. A estas horas, si hubiese sido uno de ellos, las «razias» serían espantosas. Así y todo muchos temen que va a haber una actitud de recrudescimiento por parte de los blancos, que va a reforzarse el régimen policíaco. Y todo ello irá en su detrimento.

**C**UALQUIER lector de historia, o de periódicos, sabe que los tiranos no mueren generalmente así, pese al énfasis de la frase. La mayor parte mueren en la cama. Sabe también que muchos políticos ajenos a la tiranía han muerto asesinados. Quizá más. Van menos protegidos, se acercan más al pueblo. Para un Calígula asesinado hay cien Lincoln, cien Kennedy que caen. Es hermoso y es bíblico decir que el odio engendra el odio, que «aquel que trae la espada morirá por la espada», pero no es realista. El asesinato político es raras veces político. Sólo puede considerarse así cuando es fruto de una organización, primer paso de un complot para cuyo éxito final es precisa la eliminación del hombre que tiene en sus manos las palancas del poder (como en el «caso Julio César»). Puede asegurarse que la mayor parte de estas conjuras fracasan; es necesario complicar en ellas a demasiadas personas, y en los regímenes de corte tiránico la base policíaca es muy eficaz y muy segura. Tanto, que los tiranididos consumados son casi siempre, como parece ser en el caso de Verwoerd, obra de sujetos aislados. Son los que más temen los especialistas en guardar las vidas de los grandes políticos. No tienen fichas, no tienen antecedentes políticos; no tienen interés en conservar su propia vida. Surgen de pronto entre la multitud con el puñal, la bomba o la pistola en la mano... Verwoerd tuvo ya un atentado por parte de un personaje similar: el 9 de abril de 1960, un granjero de origen británico, David Pratt, le hirió de dos balazos en la cara. Verwoerd se curó en dos meses, y David Pratt fue declarado loco y, en consecuencia, conducido a un asilo de alienados. Poco después apareció muerto: la versión oficial dice que se ahorcó a sí mismo.

**S**IN embargo, parece innegable, a la luz de la historia, que hay una relación directa entre el asesinato político y la tensión en que vive un pueblo. Parece como si estos anormales que van a cometer el magnicidio tuvieran una sensibilidad especial para recoger en su psique toda la violencia que está en el aire, todos los odios que hay en el ambiente. Movidos por una falsa mística, se suponen dotados de una misión depuradora, salvadora. Muchas veces esa falsa mística es también algo que hay en el ambiente. Generalmente está creada por el prohombre que va a ser víctima del asesinato. Es lo que los sociólogos de la política llaman «Complejo de Abraham», o «Complejo del chivo emisario» (Gaston Bouthoul). Verwoerd no escapa a esta personificación mística. Cuando fue elegido primer ministro, exclamó: «Creo que la voluntad de Dios estaba en las urnas»: numerosas veces se ha referido a la voluntad de Dios como base de la suya propia. No olvidemos que todas las teorías racistas están apoyadas en una propaganda mística de raza elegida, de raza superior, designada por la Providencia... «Los negros no son sólo diferentes de color, sino también de alma», decía el mariscal Smuts, antecesor de Verwoerd.

Si el magnicidio Tsafendas era uno de estos pararrayos en quienes descarga la electricidad del ambiente de odio y violencia, no podía haber escogido mejor país para vivir que la Unión Sudafricana. Los odios andan allí sueltos. De sus 17 millones de habitantes, poco más de tres millones son blancos, millón y medio son mestizos, medio millón son asiáticos y el resto, negros. El país, fundado oficialmente en 1910 —como fusión del Transvaal, de Natal y de Cabo-Orange— está basado en el dominio de la raza blanca pura, que se reparte las enormes riquezas del país —primer productor de oro del mundo, fabulosas minas de diamantes y de carbón, uranio, tungsteno...— merced al dominio absoluto de todos los resortes del poder. Para que una minoría racial domine a una mayoría que la supera cuatro veces en número —y la diferencia de esta proporción va aumentando cada año, como consecuencia del mayor poder demográfico de los negros— necesita el uso de la fuerza. Las prisiones y los tribunales de África del Sur no caen jamás en la tentación de la indulgencia. La liberación de los países africanos que se inició en la década 50-60 ha dado nuevas esperanzas a los negros; simultáneamente, ha acrecentado las medidas de represión por parte de los blancos. Por primera vez, después de Hitler, el racismo se ha apoyado en unas supuestas doctrinas morales, sociológicas, doctrinales. Era la forma que tenía África del Sur blanca de combatir el creciente aislamiento con que la cercaban prácticamente todos los países del mundo —con la excepción de Portugal y de Rhodesia—, aunque es preciso reconocer que ese cerco, ese aislamiento, ha sido más bien teórico que práctico —como ocurre con las supuestas sanciones contra Rhodesia—, porque los países directores de Occidente prefieren que la Unión Sudafricana, de producción minera tan importante, siga en manos de una minoría conservadora antes que verla caer en una anarquía de tipo congoleño. La justificación doctrinal del racismo sudafricano es el «apartheid». La idea de «apartheid» —en «afrikaander» significa «Estado de segregación»— fue lanzada por el doctor Malan y le sirvió para ganar las elecciones de 1948, apoyado por el miedo de los blancos —sobre todo de los «poor whites», de los blancos pobres— de verse anegados por la ola negra. Una serie de leyes se han basado en el «apartheid». Una es la «Immorality act», que prohíbe los matrimonios y toda clase de relaciones sexuales entre blancos y negros; otra es la «Group Area act», que determina que cada grupo racial debe vivir en un territorio predeterminado. La «Job Reservation act» determina cuáles son los empleos o puestos de trabajo reservados para blancos y cuáles pueden ser ejercidos por los otros grupos (los grupos son cuatro: europeos, o blancos puros; bantús, o negros; coloreados, o mestizos y asiáticos, principalmente indios. Los japoneses están considerados en esta clasificación como «europeos»). Los tres millones de blancos están divididos. El partido nacional —el de Verwoerd— mantiene la segregación absoluta. Es de origen «afrikaander», que agrupa un 56 por 100 de la población blanca. Los partidos de oposición, principalmente de origen inglés, no son tampoco partidarios de la igualdad de razas, pero tienden a encontrar soluciones de compromiso, asustados por el temor de una revolución negra. Solamente el partido liberal —presidente, el

# VERWOERD



Hendrick Verwoerd, primer ministro sudafricano, que llevó la política de segregación a sus últimos extremos.

Por EDUARDO HARO TEGLEN

novelista Alan Paton—pretende que haya sufragio universal, de forma que los negros tengan derecho al voto. No tiene partidarios. Entre los «afrikaanders» y los europeos de origen inglés hay también ciertas tensiones raciales.

LA contribución de Verwoerd al «apartheid» es la creación de los llamados «bantustanes». La idea apareció tras lo que se llama «la revuelta de Sharpeville». Que no fue una revuelta. El 21 de marzo de 1960, unos cinco mil negros africanos se manifestaron pacíficamente en Sharpeville para protestar contra una ley que obligaba a todo negro a solicitar un salvoconducto para viajar por el país: aunque la manifestación era tranquila y no revestía el menor riesgo, los disparos de la policía ocasionaron sesenta y siete muertos, muchos de ellos mujeres y niños. Verwoerd proclamó el Estado de Urgencia y comenzó una represión por la cual unas dos mil personas estuvieron detenidas durante varios meses sin juicio y en condiciones trágicas. Ante las protestas de todo el mundo, Verwoerd imaginó una cierta concesión que permitiera hacer ver que los negros gozaban de una forma de derechos políticos. Para evitar la creación de una nación integrada, multirracial, Verwoerd imaginó dividir el país en «pequeñas patrias negras»; se llamarían «bantustanes», puesto que los negros pertenecen al grupo étnico bantú. En estos bantustanes se llevaría una vida tribal y pastoral, con derechos políticos «adecuados a su raza», y con prohibición a los blancos de entrar en dichos territorios. Estos bantustanes podrían optar en el futuro a la independencia total. Sólo uno de los seis territorios así creados, el Transkei, llegó a una cierta independencia. Pero la injusticia del bantustán es innegable. Se concede a los negros un 13 por 100 del país; pero los negros forman las dos terceras partes de la población total. Privados de capitales, los bantustanes no pueden progresar de ninguna forma. En cambio, en sus fronteras se crean industrias de capital blanco: los negros acuden a ellas para trabajar y regresan a dormir a su reserva racial, proporcionando así una mano de obra a dichas industrias. Por otra parte, los millones de negros que viven en las zonas blancas del país carecen de todo estatuto jurídico. La enorme mayoría de los negros rechazan la política de bantustanes, y si de momento transigen con ella es con la esperanza de mejorar un día sus condiciones. Sin embargo, es preciso hacer notar que desde la oposición se ha atacado a Verwoerd por esta innovación: se le acusa de «crear pequeñas Cubas en potencia». La principal acusación procede del United Party, que preside Villiers Graaf, cuyo pintoresco lema es «Discriminación con justicia».

VERWOERD era un «afrikaanders». Los «afrikaanders» son descendientes de los hugonotes holandeses y franceses huidos de Europa tras la revocación del edicto de Nantes. Los hugonotes del Sur de África tuvieron que huir después de que los ingleses se instalaron en la ciudad del Cabo; subieron hacia el Norte y se encontraron con los bantús, que tenían al mismo tiempo tendencia a descender hacia el Sur, hacia el mar. El descubrimiento del oro de Transvaal aumentó la presión inglesa; el antagonismo entre ingleses y afrikaanders se acentuó y se resolvió en la guerra de los boers que terminó en pacto (1905), pero con la incorporación de los territorios a la Corona británica. Los afrikaanders no habían conseguido imponerse por las armas; se impusieron por la política, incluso colaborando con los ingleses—Smuts fue consejero de Churchill y uno de los redactores de la Carta de las Naciones Unidas—y han ido ganando terreno hasta dominar el país. El racismo de los afrikaanders procede de esta época de luchas, y del hecho de que ellos mismos se creen pobladores de África del Sur más antiguos que los negros, venidos de otras regiones atraídos por la creación del primer país industrial de África. Verwoerd pertenecía a este grupo, pero de una manera artificial. Es decir, no era descendiente de una familia antigua «afrikaanders», sino que había emigrado de niño, acompañando a su padre, que era un misionero holandés (Verwoerd nació en Amsterdam en 1901) y que combinaba la religión con el comercio (un almacén de comestibles). Verwoerd

creció en la enemistad de los ingleses; rechazó una beca para estudiar en Oxford y prefirió Hamburgo, Leipzig y Berlín. Como muchos de su mismo grupo, la enemistad hacia los ingleses y el temperamento dominador le hizo inclinarse no sólo hacia Alemania, sino también hacia los nazis. Siendo catedrático en la Universidad de Stellenbosch formó parte de una comisión que fue a visitar al general Herzog—entonces primer ministro de la Unión—para protestar de que se concediera derecho de asilo a un pequeño grupo de judíos que huían de la Alemania hitleriana. Más tarde, director de un periódico—«Die Transvaler», se declaró antisemita, antibritánico y pro-nazi. Cuando, terminada la guerra, un periódico le atacó como nazi y como auxiliar de la propaganda nazi, Verwoerd le llevó a los tribunales pero perdió el caso: el Tribunal Supremo dictaminó que Verwoerd «auxilió la propaganda nazi, hizo de su periódico un instrumento de los nazis en África del Sur, y lo hizo en plena conciencia». (Quien después sería su ministro de Justicia, Voster, había tenido peor suerte: el Gobierno británico de Smuts le metió en un campo de concentración para nazis.) A pesar de estos antecedentes, fue nombrado senador; de 1950 a 1958 dirigió la minoría de su partido en el Senado, y en octubre de 1950 era ministro de Asuntos Indígenas. Como tal creó la mayor parte de las leyes de separación que forman hoy la doctrina del «apartheid». Definía entonces en el Senado el «apartheid» como «una política que crece de las propias raíces de uno a través de sus propias instituciones hasta su propio poder». Sus discursos duraban dos o tres horas. La sociología que había aprendido en la Alemania pre-nazi y nazi le servía para describir minuciosamente la diferencia insalvable entre las diferentes razas. Estas exposiciones y su actuación como ministro le llevaron en abril de 1958 a la presidencia de su partido; la consecuencia natural fue su elevación al cargo de primer ministro. En su primer discurso como tal se definió como «un demócrata». Su primera medida fue expulsar del Parlamento a los tres únicos miembros que defendían los intereses de los nativos y enfrentarse con toda dureza a la «rebelión de Sharpeville», que antes ha quedado brevemente referida. Poco a poco fue el mismo tiempo desgajando su país de la Corona británica: primero, proclamando la República y luego desgajándose de la Commonwealth: «Dios ha querido que nuestro país se retire de la Commonwealth», declaró entonces. Encontró una gran oposición en el país, pero se mantuvo firme. En enero de 1962 anunció la creación de los «bantustanes». Esta política dura y sin concesiones le ha valido el apoyo de la mayor parte de la población blanca. Su partido se ha ido asentando firmemente. En las últimas elecciones conquistó 105 de los 160 escaños puestos a elección. La independencia unilateral de Rhodesia, la personalidad paralela de Ian Smith, había supuesto para él un gran apoyo. Su sueño era fundir Sudafrica con Rhodesia en una especie de federación. Un par de puñaladas en el cuello han truncado el ó de septiembre su vida y sus sueños.

NO es de esperar que esta nueva sangre vertida modifique en nada la situación política de África del Sur. Este asesinato es ineficaz. Hay que distinguir este «hombre fundamental» de otros. Verwoerd no había creado prácticamente una doctrina, una situación, sino que había surgido de algo ya creado, y que existirá después de su muerte. El problema de la Unión Sudafricana no es el de un solo hombre, sino el de tres millones de habitantes contra trece o catorce millones de habitantes. Cualquier heredero de Verwoerd tendrá que seguir su misma política. Para muchos, incluso para muchos blancos sudafricanos, una política no solamente injusta, sino sin solución ninguna. Al convertir su dominio en racismo puro, los «europeos» de África del Sur tienen como enemigos a todos los negros de África, a todos los negros del mundo. Probablemente el griego asesino Tsafendas era uno de los muchos que creían que mientras se sostenga la actual política es posible que en cualquier momento estalle una revolución, y que entonces el río de sangre no tenga límites, y la destrucción se apodere de este país cuya riqueza, cuya pujanza, cuyo progreso material, se apoyan sobre una de las más horribles injusticias que prevalecen en el injusto mundo de hoy.

(Foto Cifra)